

MEMORIAS

BIOGRAFICAS

DE LOS SEÑORES

Licenciado D. Bartolomé Cairaseo y Figueroa



ILUSTRISIMO D. LUIS DE LA ENCINA,

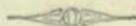
OBISPO DE AREQUIPA,

leidas en la sociedad del Gabinete literario de Gran Canaria la noche del 11 de marzo de este año, con motivo de la inauguracion solemne de los retratos de ambos sujetos en el salon de lectura de aquella Corporacion;

POR

JUAN EVANGELISTA DORESTE,

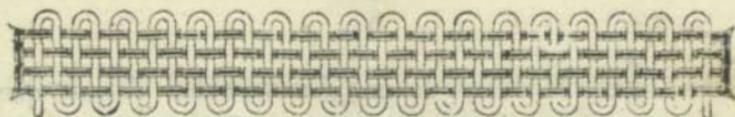
uno de sus socios.



Santa Cruz de Tenerife. 1849.

IMPRENTA, LITOGRAFIA Y LIBREERIA ISLEÑA. Reg., Miguel Miranda.





SEÑORES:

Vuelve el quinto aniversario del establecimiento de esta Sociedad, y con él vuelve nuestra costumbre de reverenciar la memoria de algunos de aquellos hombres, que han sabido ilustrar al país en todas las carreras: costumbre leal y hasta piadosa la de congregarnos cada año para renovar el pacto de nuestra asociación, comenzando por tributar el fiel homenaje de nuestra admiración y respeto á los mismos que han enaltecido la patria, á cuyo servicio nosotros estamos también dedicados. ¡Lástima grande que las circunstancias no nos hubiesen permitido principiar estas ovaciones con la de un personage, que por su antigüedad y el esplendor de su talento reclama, acaso no me atrevo á decir que el primero, mas sin disputa uno de los principales puestos en la memoria de sus compatriotas, y en los fastos literarios de la nación española! Este personage, cuyo busto ennoblecerá de hoy mas nuestros salones, es el Licenciado D. Bartolomé Cairasco de Figueroa, insigne poeta, literato profundo, patriota ardiente, y honor del siglo décimo sexto, que le impuso el sobre nombre de *Divino*, con el cual ha triunfado del olvido de los

demas siglos. Miembro de una familia noble y rica, que unos hacen venir á estas islas desde Niza y otros desde Milan, es fuera de cuestion que Cairasco, perteneciente por sus antepasados á aquel suelo clásico del genio, donde tuvieron su cuna Colon, Galileo, Taso y Rafael, nació en esta Ciudad de las Palmas de Gran Canaria por el año de 1540; encargándose él mismo de enumerarnos las personas de su familia en el tierno verso, donde describe la celebracion de su primera misa en la ermita de Agaete:

«Con las cinco palabras á mis manos
 Aquí bajó el eterno rey piadoso:
 Alzarle vió con ojos soberanos
 De Mateo y María el par famoso;
 Y vieronle sus hijos, mis hermanos
 Constantin, Serafin, Felix brioso,
 Constantina, Alejandra, damas bellas,
 Que en virtud y beldad han sido estrellas.”

El mismo poeta vuelve á hablar de su hermana D.^a Alejandra, que estaba ciega, al referir la vida del santo de su nombre, en esta forma:

«O sagrado Alejandro, si en el suelo
 Pudiste dar á ciegos la luz bella,
 Agora que triunfas en el cielo
 ¿Porque la de tu nombre está sin ella?
 ¿No ves la devocion, el alto celo,
 Paciencia y humildad, con que atropella
 La discreta Alejandra sus enojos?
 ¿Porque no alcanzar luz para sus ojos?”

Entretanto, en medio de la obscuridad que rodea los primeros estudios de Cairasco, seguros estamos de poder afirmar antes de otra cosa, que por el siglo diez y seis se hallaban las Canarias desprovistas de otros medios de ins-

truccion que los imperfectos que suministraban las escuelas de algunos Conventos; los jesuitas no habian establecido aun sus colegios: la instalacion de una efimera Universidad literaria, confiada á los padres Agustinos de la Laguna, y la del Seminario Conciliar de esta Ciudad fueron obra de la mitad y último tercio del siglo décimo octavo; bajo esta latitud, en que el cerebro y el corazon arden, el genio de ordinario permanecía inculto, y parecia por falta de alimento; y en un tiempo, en que los medios de comunicacion eran tan dificiles, algunos de nuestros jóvenes tenian, sin embargo, que ir á educarse á la Península. No podian faltar estos recursos á Cairasco, hijo de padres ricos, y que á esta circunstancia reunia la de haber obtenido una Canonía en esta catedral en 1533 á los trece años de su edad: distincion de gran valor, sobre todo en aquella época, que nos autoriza para suponer dotes extraordinarios en el jóven, que era objeto de la misma. Ello es que en 1555 el jóven Cairasco obtuvo licencia de su Cabildo para ir á España á seguir estudios: que por Febrero de 1559 aquella corporacion le conminó con el terrible *punto*, si no tomaba las órdenes sagradas en las primeras que se diesen; y que en Marzo del mismo año le fué revocada la tal licencia, por haber vuelto de la Universidad á estas islas sin traer certificaciones de cursos académicos. Este acontecimiento, señores, desde luego revela en nuestro Cairasco un carácter ardiente y acaso una juventud borrascosa, de esas que Dios quiere á veces hacer atravesar al genio, como para templarlo mejor en la prueba del fuego; pero tambien es cierto, que esto mismo decidió de la suerte de toda su vida; porque, habiendo alcanzado en 1560 nueva licencia para ir á Castilla, llegó á la Universidad de Alcalá de Henares á tiempo que este célebre establecimiento, en

todo el vigor de sus primeros años, arrojaba sobre la España y la Europa entera el brillo, que supo comunicarle el ilustre Cisneros. Figuremonos, señores, á un hombre que, como Cairasco, reunia un entendimiento claro y profundo á una imaginacion acalorada y viva; lanzado al centro de la civilizacion de aquella época, en que las contiendas religiosas de la reforma habian despertado el gusto á los buenos estudios, filosóficos y literarios; cuando el genio, arrojado en caminos antes desconocidos, marchaba triste pero providencialmente á un porvenir, que todos veian fecundo en radicales trastornos; cuando no se leia á Cervantes y Garcilaso, sino que se les trataba familiarmente; y en que el ruido de la batalla de San Quintin solo se acallaba con el de los triunfos inmortales de Lepanto. ¡Qué campo para esparcirse y sublimarse el genio de nuestro compatriota! Si es cierto que los talentos son el espejo de la época, puedo afirmar que en pocos he visto tan confirmada esta máxima, como en el de Cairasco, reflejando exactamente el siglo religioso, caballeresco é ilustrado de Felipe Segundo.

Pero Cairasco, concluida su educacion literaria en la Península, debia de completarla antes de regresar á su pais con un viaje, que le iniciase en los secretos de la literatura estrangera; porque, si en el dia los viages se han hecho una necesidad de esta época de movimiento, lo eran aun y muy mas urgentes para el talento en la de Cairasco, cuando la falta de comunicaciones rápidas y la infancia del glorioso invento de Gutemberg aislaban tanto las ideas como los paises respectivos. ¿Adonde se encaminará, pues, la peregrinacion del Canario? Cairasco era italiano de origen y de sangre: un pariente cercano suyo, D. Constantino Cairasco, era Gobernador y Senador del Consejo Supremo

de Milan: la Italia, donde el genio ha sido siempre una planta indígena, echaba aun sobre el mundo el brillo del siglo de Leon décimo; y por otra parte ¿á que punto de Europa se dirigiría entonces un español, que no encontrase el pabellon y hasta el suelo de su patria? Ni tanto era menester para que el alma tan impresionable de Cairasco le impeliese á la Italia. Aqui donde todos los siglos y los pueblos todos de la tierra han dejado variados y profundos caracteres, nuestro paisano pudo estudiar la historia de las civilizaciones diversas; y al paso que se perfeccionaba en los conocimientos, adquiridos en su retiro de Alcalá, se hacia dueño de la lengua italiana, que aprendió con aquella maestría que nos deja ver en algunos de sus versos, concluidos ex-profeso con pies italianos. Bien que de su profundo conocimiento en este idioma, eminentemente poético y musical, nos dió Cairasco una brillante muestra con la traduccion del famoso poema de la Jerusalem libertada, del Tasso: obra de gran mérito, que acaso se halle manuscrita en la biblioteca de la Academia de la Historia; que de seguro, á juicio de los que han tenido la fortuna de leerla, habria sido por sí sola el principal apoyo de la reputacion de su autor; y que tiene la singularidad de ser la primera produccion suya, como él mismo lo declara en la dedicatoria del poema diciendo.

«Aquesta ha sido la primer navieula,
 Que de mi ingenio la region maritima
 Surcando va á buscar la luz hespérica...
 La dediqué por ser la primogénita
 De mi estudio escolástico”...

Pero] no fué este el único fruto que produjo el viaje de Cairasco para la literatura española. En verdad ya por el mismo tiempo, sin contar el brillo que la daban los in-

genios contemporaneos de aquel, habia recibido nuestro idioma uno de los sacudimientos y trastornos mas repentinos y prodigiosos: á mediados del siglo diez y seis, acabadas de leer las poesias de Mena y de Manrique, escritas todavia casi en la lengua de los siglos trece y catorce, el genio de Garcilaso, por uno de aquellos encantos que acaso sean por siempre un misterio para los mortales, creó el culto idioma moderno con gracias y adornos, que los escritores de nuestros dias apenas hacen sino imitar con mas ó menos dicha. Pasado ya este abismo, que separa nuestra literatura de la antigua; cuando de tan profunda revolucion salian por magia los talentos de Quevedo, Cervantes, Lope y Ercilla, nuestro Cairasco pagó un tributo á las letras de su patria, importándoles el magestuoso y elegante esdrújulo, desconocido hasta entonces en España, y que tiene prohibido la prosodia de otras lenguas, que no sean la española, italiana y latina. Desde luego Cairasco, como dueño del nuevo resorte, que acababa de agregar á nuestra poesia, rara fué la obra en que no diera muestras así de la facilidad y exquisito artificio con que manejaba una composicion y consonancia, tan capaces de hacer la desesperacion de los mas agudos ingenios, como del partido inmenso, que podiamos deducir de él los que nos expresamos en la rica habla de Castilla; y por eso él mismo, aludiendo á los esdrújulos, se espresa de este modo:

»Estimaron tambien de aquellos versos
 El modo nuevo gravedad y pompa,
 Templando su aspereza y modo extraño
 Con el rigor y fuerza inusitada,
 En la lengua española nunca vista.
 Y aunque pocos ingenios gustan deste
 Modo de componer artificioso,

Por las causas que hallan á su gusto;
 De entendimientos altos, peregrinos,
 Que á insólitas grandezas siempre aspiran,
 Los he visto loar estrañamente..."

Para popularizar este género, tan estimado en el día por los poetas de primer órden, escribió espresamente una obra poética, intitulada la *Esdrujulea*, en que hizo ver la excelencia de esta clase de metro, pero que por una de tantas desgracias ha sido perdida para nosotros; pues, habiendola dedicado su autor al Marqués de Montes-claros, virey del Perú, el albacea del poeta la envió original á aquel personaje; aconteciendo otro tanto con la vida de Jesucristo, otra de las mas estimables producciones de Cairasco; la cual, si bien fué enviada á España para su impresion, segun consta del capitular del cabildo eclesiástico, se ignora de resto cual sea su paradero; de esta manera, señores, á cada paso tenemos que recorrer solamente memorias de muchas de las producciones de nuestro paisano, con el mismo desconsuelo que se siente al pisar el cementerio, donde se encierran los objetos mas queridos.

Mas, restituido D. Bartolomé Cairasco á su catedral por el año de 1576 obtuvo por su gran mérito la dignidad de Prior de la misma; desempeñó en ella los cargos mas honrosos del cabildo; y acreditando con su ejemplo la sublime máxima de que todas las artes son hermanas, ya componia los autos sacramentales, que habian de representarse en las varias fiestas religiosas, aun cuando no podamos asegurar los adelantos de Cairasco en un arte, que entonces ensalzaba el genio de Lope de Vega: ya se le veia, como arquitecto mayor de la catedral, dirigir sus obras mas apreciadas; bien hermoseaba este templo, el orgullo de las *Afortunadas*, con un cuadro de bastante mérito, produccion

de la escuela sevillana; ora en fin suspendia á cuantos le oyeran ejecutar cualquiera composicion musical; por lo que á los sesenta y dos años de su edad era todavia grato oír su voz clara y melodiosa, como que por acuerdo espreso de su cabildo se le mandaba aun cantar la voz del texto en las misas de pasion. Unas prendas tan relevantes, que hacian á Cairasco el objeto de un afecto y de una admiracion universales, le alcanzaron de Felipe segundo su jubilacion antes del tiempo determinado: que los monarcas de la tierra gustan de acatar tambien á la supremacia del genio.

Empero, con un indecible placer he llegado á la que puede mirarse como la obra maestra de Cairasco, á su *Templo Militante*: produccion famosa, única y rara, segun el sentir de un critico muy acreditado (1) y que hay motivos para creer, que fuera su predilecta, asi como que fué tambien trabajo de la mayor parte de su vida, si damos fé á lo que él mismo, aludiendo á su traduccion del Tasso, el primer producto de su ingenio, dice en la quintilla siguiente:

«La vida que agora gozo,
Es la menos mal que puedo:
Yo estoy triste, yo estoy ledo
Ya en los Santos ya en el Tasso
Con el famoso Gofredo.»

Es el Templo Militante la historia de todos los santos y solemnidades religiosas, que entre los cristianos se celebran en el año, dispuesta por el órden de dias y meses que se van naturalmente sucediendo, y escrita en octavas rimas, ni mas ni menos que el poema de la Arauca na; poniendo un singular esmero el poeta en que á cada una de las mismas solemnidades preceda un prólogo, las mas veces en verso blanco y no pocas en esdrújulos, dedicado á ensalzar de la manera mas pura y edifican-

(1) El compilador del Parnaso Español.

te la cualidad, virtud ó rasgo particular, que caracteriza al Santo ó funcion, de que en seguida pasa á ocuparse. Seguro estoy de que quien se destinase á hacer una coleccion de esta clase de introducciones solamente, formaria un ramillete preciosísimo de máximas morales, perfectamente adaptables á todos los estados del hombre, á todos los adelantos sociales de aquel tiempo á todas las distintas vicisitudes del entendimiento y corazon humanos. *Por lo demas*, esta no interrumpida historia de quince siglos, los mas portentosos de la humanidad, donde tan grande variedad de caracteres reconoce su único punto de contacto en un amor, una fe y una esperanza comunes; en que el escritor necesita á cada paso un profundo conocimiento de todos los diversos matices sociales desde el rey hasta el méndigo; y la cual le pide desde luego nociones vastísimas sobre todo en las ciencias políticas y morales, es sin disputa alguna uno de los campos mas anchos, en que pueda ejercitarse el talento del hombre. Y Cairasco, que acometió esta empresa con el ardor que su ingenio le inspiraba, en nada quedó inferior á la misma; porque, segun el crítico antes citado, las cualidades y primores que distinguen aquella interesante y sublime poesia, son «la sólida piedad, la profunda doctrina, la florida erudicion, el vigor y fertilidad de la fantasia, sobre todo aquella caudalosa y dulce corriente del estilo, y «copiosa armonia de la versificacion, que acreditan las re-levantes prendas del poeta y lo colocan en la primera «clase.» Desengañémonos, Señores: Cairasco pudo escribir sus cuadros inmortales, retratar en sus versos al paraíso, y hasta lanzar sobre sus obras esos destellos de la divinidad, que despues hemos admirado en Milton, porque Cairasco desde la altura de su talento habia podido llenarse de un entusiasmo, superior al que produce el mundo

material, que nos rodea; porque gustaba delicias muy diversas de las que gustamos los demás hombres; porque creía en fin... ¡Sin sentir mucho en el bien ó en el mal, no se hacen cosas grandes y sublimes!... El tiempo me faltaría, si tratase de dar muestras, débiles siquiera, de estas verdades, sacándolas de las páginas inmortales del *Templo Militante*: poesía mística, con que el autor, comparable y aun superior muchas veces al tierno é inspirado fray Luis de Leon, enlaza discretamente los asuntos de su siglo; no de otra manera que la sabia antigüedad colgaba de sus templos los trofeos, que constituían la principal gloria de los imperios. Así, después que ha referido la vida de san Lorenzo, describe en pomposo metro el monasterio del Escorial, dedicado á aquel santo: monumento y museo á un tiempo de las glorias y las artes españolas. Otras veces, empuñando la trompa fúnebre, canta las exequias de Felipe segundo, de aquel monarca, acaso no juzgado todavía por la historia, que, después de haber dilatado el imperio mas vasto que han conocido las edades, legó á la España el principal emblema de su dominacion en la unidad de costumbres y de creencias, que con brazo de hierro le hizo conservar en medio de la dislocacion general de la Europa y del mundo. La lira, en fin, de nuestro compatriota, se acomoda admirablemente á todos los tonos; pero entre los diversos estilos, que maneja con casi igual maestria, resplandece el patético: él tiene tintas muy negras, sobretodo para la pintura de los martirios; y, como el Españolito, parece á veces el genio de la destruccion y de las ruinas, que solo se complace en medio de los horrores y de la sangre; no siendo por cierto uno de sus menores títulos de gloria la facilidad con que el mismo cantor que vierte la hiel del tétrico Jeremias cuando describe la

vida de San. Francisco de Asis, nos regala con esta co-
trofa, dirigida á las damas Canarias.

«Algunos han tenido
Por tan amigo al cielo,
Y tal constelacion su nacimiento,
Que al mundo son y han sido,
Con peregrino vuelo,
Milagro de valor y entendimiento,
El fortunado asiento,
Dó asiste el gran Doramas,
De mas de otros despojos,
Enriquece los ojos
Con el objeto de famosas damas,
En discrecion, poesía,
Virtud, valor, nobleza y cortesía.»

Pero, con otras muchas, brilla una cualidad del poeta en todo el tenor del Templo militante, quiero decir su amor intenso á la patria: ese apego instintivo hasta á las rocas, en medio de las que hemos nacido; que crece y se fortifica aun entre las grandezas y opulencia extranjeras; y que, muy lejos de destruirse con la vida errante del viajero, asemeja á la patria con la salud, que no se aprecia sino cuando se pierde. De este modo, señores, apenas toca un punto en su famoso templo militante, que no recuerde el poeta la Gran Canaria, su patria; y despues de la bella y rica descripcion que hace de esta misma isla en el día de su patrono San Pedro martir, la cual por su extension no podemos incluir aqui, como tenemos el dolor de no hacerlo tampoco con otras infinitas muestras del talento de nuestro compatriota; admira, entre otras cosas, por cierto la prodigiosa facilidad con que el poeta recuerda á cada paso el bosque de Doramas. Aquel amenisimo sitio, que sin duda

fué el objeto querido de la fantasia de Cairasco: aquella decoracion magnífica, que la humilde persona, que escribe estos renglones, pudo contemplar pocos momentos antes de desaparecer de nuestra vista encantada, y que de vez en cuando se le aparece en sus sueños como una realidad; mas hermosa que las grandezas del Escorial y que los cuadros de Rafael, tiene para nosotros, pobres pájaros de estas rocas, un doble, un multiplicado prestigio. Ella inspiraba la musa de Cairasco, quien en un raptó de entusiasmo no dudó llamar á Jesucristo el divino Doramas: en sus soledades alternaban los cantos de Cairasco con los de las aves que le respondian: á la sombra de aquella selva, en fin, se compuso el Templo militante, como el mismo poeta nos lo refiere. ¡Ah! ¿porque no hay allí un solo laurel para Cairasco?...

Bien que del patriotismo de este personaje existen aun mas fuertes y relevantes pruebas. Eran aquellos los tiempos en que la grandeza de la monarquia española, su apego á las creencias de sus mayores y el celo de su gobierno por conservarlas intactas, habian suscitado contra nuestra nacion la envidia y el odio de las primeras potencias de la tierra. La Gran Bretaña, entre otras, no podia mirar sin indignacion que nuestra bandera se encontrase con nuestro poderio por todos los mares y los continentes todos; y la Holanda, que acababa de conquistar un puesto entre las naciones, tampoco podia perdonar á la España su resistencia á abrazar la causa de la reforma religiosa, y á que las provincias unidas fuesen estados independientes. Por ello fué que ambas potencias se prepararon á descargar tremendos golpes sobre España, atacándola en las vastas posesiones ultramarinas, que componian la mayor parte de su territorio. Y fué la Inglaterra, quien primero se lanzó á la contienda, enviando con-

tra las Canarias en 1595 una escuadra de veinte y ocho navios á las órdenes de Francisco Drake; pero, defendida esta ciudad, á donde primero se dirigió el enemigo, por el valor de D. Alonso de Alvarado, aquel héroe amaestrado en las campañas de Italia, Flandes y Lepanto, fuéle forzoso á la hueste contraria abandonar con mucha pérdida la empresa de someter á nuestro pais; habiéndose debido en gran parte la completa victoria de los Canarios á los esfuerzos de la familia de Cairasco, que no pudo menos de corresponder al impulso patriótico del célebre personage, que por entonces se hallaba á su cabeza.

Y no era este el solo golpe, que la suerte preparaba á nuestra patria. La Holanda, soberbia con su reciente poder, deseosa de abrir nuevos mercados á la ambicion de sus negociantes, y soñando con una vasta dominacion colonial, ansiaba apoderarse de nuestras islas, que consideraba como la llave del Comercio de las Indias orientales y occidentales. Al intento, el tristemente célebre para la Gran Canaria Pedro Vander-Doez se dirigió con una flota de setenta y tres buques de guerra hácia esta ciudad, frente á la cual amaneció el 26 de Junio de 1599. En ocasion tan difícil no estuvo tampoco solo el intrépido Alvarado; pues auxiliado por los esfuerzos del paisanage y del clero, que juntos rivalizaron en heroismo durante aquellas tremendas jornadas, vió constantemente á su lado al Licenciado Cairasco, quien al presente con tanta razon como Ercilla acaso se encontraba *«tomando ora la espada, ora la pluma.»* Mas, la fortuna, favorable á nuestros paisanos en los primeros encuentros, les volvió la espalda por algun tiempo; el puerto de la Luz y la ciudad cayeron al fin en manos de los enemigos, que entraron en ella despues de porfiados y sangrientos combates; y Cairasco,

con las fuerzas restantes, el Tribunal de la Audiencia y los habitantes de la poblacion, siguió la retirada al pueblo de la Vega; pues, como el mismo poeta decia,

,...«el saber retirarse en ocasiones

No es menos que vencer los escuadrones.»

En este último punto recibieron los Españoles dos prisioneros, que enviaba Vander-Doez para tratar con las autoridades acerca del rescate de la isla. Mas, á fin de ir á responder á las proposiciones enemigas ¿á quien habia de elegirse, por nuestra parte sino al sabio que, despues de servir con sus consejos en la defensa, habia tambien prestádola su brazo? Fué en efecto nombrado D. Bartolomé Cairasco de parlamentario, junto con el bizarro militar D. Antonio Lorenzo: bajaron ambos impávidos á desempeñar su comision; y hallaron al gefe de las fuerzas contrarias alojado en la casa del mismo Cairasco, situada acaso, señores, en este mismo suelo que ahora pisamos. Empero, los enemigos pedian oro, pedian nuestras riquezas; y nuestras riquezas y nuestro oro valian mucho menos que la independenciam; todo, pues, se les franqueó. Una cosa habia que no podia ofrecerseles, nuestro reconocimiento de vasallos de la serenissima república. Cairasco era español; su nombre y su gloria estaban enlazados con la gloria y el renombre del pueblo invicto de Recaredo; como otro Régulo no pudo, pues, menos de despreciar la humillante proposicion y de aconsejar á sus paisanos antes la muerte de los valientes que dejar de pertenecer á la nacion heróica, que nos habia traído la civilizacion, y nos rodeaba con la auréola de sus triunfos. Tornó de consiguiente, hácia los bosques de la retirada, con la certidumbre, si, de que iba á ver arruinada en un punto toda su fortuna, pero lleno de la conciencia del deber, respirando ese aire purísimo de la

libertad, que no hay poder humano capaz de interceptar. Y el Dios de las batallas, que ampara á la paloma de las garras del sacre, extendiendo su mano poderosa á los pobres canarios, les dió fuerzas para derrotar á los enemigos, que, despechados por el éxito de las negociaciones anteriores, se internaron ya en el Lentiscal con cuatro mil hombres en cinco divisiones. No tenian entonces al intrépido Alvarado que, herido mortalmente en un encuentro, dormía ya el sueño eterno de los héroes; pero la falta de pericia militar se suple muchas veces con el esfuerzo; y la victoria deja de venir pocas ocasiones en auxilio de una causa justa. Cairasco estaba allí: conocedor del terreno y de las situaciones supo hacer que se atrajese al enemigo á los parages mas fragosos; y, despues de causarse grande estrago en los holandeses, las emboscadas de la cruz del inglés y las sierras del Dragonal hicieron el resto. Avergonzado Vander-Doez de esta derrota, y previendo que á ella habian de seguir otras mas crueles, porque ya tuvo avisos de que toda Canaria venia sobre él, se embarcó precipitadamente, y llevó á otra parte del mundo su rabia, no sin dejarnos una indéble marca de su encono con el incendio que ordenó al punto de los edificios y archivos principales de esta poblacion.

Once años sobrevivió aun Cairasco á la desgracia de su patria y á la pérdida de una gran parte de su considerable fortuna; pero, como al pájaro profético, que cantaba sobre las ruinas de la Ciudad Santa, asistiale todavia aquella musa, la tierna compañera de toda su vida, que ahora le hizo referir en verso numeroso y sentido los reveses y triunfos de su amada Canaria. A poco, despues de haber distribuido su riqueza conforme á las costumbres de aquella época, dejando legados para la reedificacion de capillas destruidas por los holandeses, y para los deudos y

amigos que había amado en el mundo, partió de él en esta Ciudad á los setenta años, lleno de dias y de laureles, como se expresa el historiador Viera, en 12 de Octubre de 1610, no lejos de aquella selva de Doramas, que le había inspirado sus cantos, y desde cuyas frondosas hayas había deseado el poeta remontar su último vuelo hasta el Empireo. ¡Feliz el que descansa junto á la choza de sus padres, arullado por las benignas auras de la patria! Entretanto, un genio desconocido pagó su tributo al genio de Cairasco, grabando sobre su tumba, que se halla en una capilla de esta Catedral, perteneciente al mismo finado, este elegante y pomposo elogio:

*Lyricen et vates, toto celebratus in orbe,
Hic jacet inclusus, nomine ad astra volans.*

Bastante hemos dicho, de resto, acerca de las obras de Cairasco para necesitar estendernos ahora mas en un juicio crítico de ellas. Conviene, sin embargo, no perder de vista, que Cairasco, lleno de una erudicion riquísima, dotado de una sensibilidad esquisita, y con un talento apto para trabar con estension muchos y variados asuntos, tenia los defectos de la literatura de su siglo: poca correccion que acaso haga parecer duras á veces algunas de sus composiciones: una propension á usar frecuentemente del verso blanco en sus tratados morales, que por esta razon aparecen á ocasiones áridos y descoloridos: el uso de palabras, estrañas á nuestro idioma, por que el idioma, en opinion de un literato afamado, es un instrumento y un freno á la vez, que el genio se ve obligado á romper frecuentemente; sobre todo, el empleo de alusiones mitológicas aun en medio de asuntos cristianos, lo cual tiene de comun con poetas de primer orden como el Tasso y Ercilla. No obstante, la poesia y los talentos de Cairasco, cuyos escritos ocu-

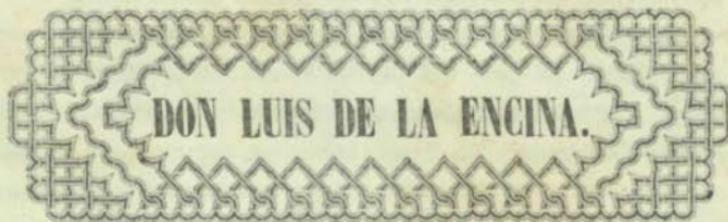
pan un lugar distinguido en el Parnaso español, y son tan celebrados por Cervantes, Lope de Vega, Viana, Nicolas Antonio y otros ingenios esclarecidos, harán en extremo apreciables las obras de nuestro paisano, especialmente en la época actual, cuando en el mundo de las letras ha renacido el gusto por la literatura española del siglo diez y seis.

Pero, señores, Cairasco no necesita sino dos cosas: que sus obras corran profusamente por el mundo, saliendo de la obscuridad, propia de nuestro país, para todo excepcional; y que una tierra, como la nuestra, tan avara de los homenajes debidos al genio, sea la primera en tributar uno público y solemne á la memoria imperecedera de tan ilustre hijo. Para ambas cosas indicados estan los medios; que la sociedad haga reimprimir, cuando no todas, una coleccion á lo menos de las mas exquisitas producciones de la musa de Cairasco; y que bien la sociedad misma, bien una subscripcion levantada en la isla entera, ó mejor, alguno de los poderosas, por cuyas venas corre la sangre hidalga del ínclito Canario, alce en el centro de esa plaza, sobre el area de la misma habitacion, donde veló el poeta por engrandecer á su patria, sencillo pero significativo monumento de que ha comenzado para el hombre ilustre aquella era de recuerdo y reparacion, que todos los pueblos de la tierra guardan siempre para las postremerias del talento. Bien que en este pnnto creo que nada nos dejará que desear el justo anhelo que siempre ha mostrado por el realce de su patria y de su familia mi excelente amigo el Señor Conde de Vega Grande, cuya modestia disimulará sin duda, que yo me atreva á revelar uno de sus mas queridos y honoríficos proyectos, á saber, el que, en mi presencia y á los pies de la estatua levantada, á Cervantes en la córte, ha formado de erigir otra de marmol á su esclarecido pariente D. Bar-

tolomé Cairasco de Figueroa.

Así, señores, ya que hemos sido bastante ingratos para haber hecho que sobre el frontispicio de este templo, levantado á las artes; no se lea el nombre insigne del poeta, que para ello nos franqueó su misma morada, parte de la cual se ha transformado por encanto en un vergel, colóquese su imágen ahí, á nuestro paso, en medio de su pueblo; y de esta manera, cuando vengamos á reunirnos en este recinto, no sea sin saludar antes al divino Cairasco, é inspirarnos con la noble é imponente figura de un hombre, que siempre se sacrificó por su patria, y cuyo nacimiento, si no fuera conocido acaso se lo disputarian entre si otras tantas ciudades, como las que reclamaron el honor de haber sido la cuna del divino Homero.





DON LUIS DE LA ENCINA.



SEÑORES.

Poco habría hecho nuestra sociedad en obsequio de los hombres ilustres de las Canarias, si encerrase las presentes demostraciones en el círculo tan solo de aquellos que han obtenido en el mundo una reputacion literaria. Quedarian entonces por necesidad fuera del alcance de nuestros inciensos y adoraciones aquellos otros hombres, que, no menos célebres por sus talentos y erudicion, recibieron del cielo, ademas, un corazon tierno y compasivo, de esos que saben responder á todos los dolores, y respecto á quienes (¡paradoja sublime cuanto inesplicable!) son acaso un elemento de dicha las contrariedades de la vida y los vaivenes de la fortuna: semejantes á aquellos pinos, que crecen mas robustos y lozanos en medio de las tempestades. Tal fué D. Luis Gonzaga de la Encina Diaz y Perla, que, llamado á desempeñar un puesto notable en el antiguo y en el nuevo mundo, fué siempre superior á las dignidades, que le merecieron su talento y la elevacion de su carácter, y á los reveses de una vida, que en la última mitad de su carrera se vió envuelta entre las mayores agitaciones y peligros: tan fiel á las leyes de su patria, como siempre lo fué

á los dictados de su razon ilustrada y de su caridad intensa.

Descendiente el señor Encina por la línea paterna de una antigua y noble familia de Vizcaya, fué hijo de D. Simon de la Encina, mayordomo del Ilustrísimo señor D. Valentin Moran, Obispo de estas islas, con quien el D. Simon vino á las mismas, y de Doña Agueda Diaz y Perla, natural de esta ciudad de las Palmas, donde nació el señor Encina en 24 de Abril de 1754; siendo fuera de duda, que el dia de su bautismo el señor Moran colgó al cuello del recién nacido un pectoral, con encargo especial á su madre de que guardase esta prenda para cuando el niño fuera obispo; y el pectoral y la memoria de aquel prelado fueron un talisman, que acaso no representó un papel de poca importancia en la vida de nuestro compatriota.

Llegado éste á esa edad de los estudios, que, por más desapercibida que pase, es siempre la edad crítica y característica del hombre, el señor Encina descubrió un entendimiento claro y en extremo comprensivo, auxiliado por una memoria prodigiosamente fácil y segura, y por una decidida aplicacion á las letras. Tan grandes disposiciones fueron fácilmente advertidas y cultivadas por los padres jesuitas de esta ciudad, en cuyo colegio aprendió las ciencias elementales el señor Encina, ya hácia los últimos tiempos de aquella famosa compañía; y los primeros adelantos del mismo, sobre todo en las letras humanas, se acreditan por la circunstancia de que, habiendo hecho oposicion de edad de diez y ocho años á una cátedra de humanidades junto con su propio preceptor el Doctor D. Fernando Zumbado, mereció que tan entendido literato le dirigiese en público la palabra á la salida de los ejercicios, diciéndole: *«eres mi discípulo y puedes ser mi maestro.»* Poco tiempo despues de haber recibido en esta ciudad las órdenes sagradas, para

cuyo acto es fama que se le impusieron las vestidoras sacerdotales de aquel prelado, ya difunto, que le regaló el pectoral, pasó el jóven Encina á Cádiz en compañía del Ilustrísimo D. Juan Bautista Cervera, que fué trasladado á esta otra Silla; y este viaje le proporcionó su mas fácil incorporacion en la Universidad de Osuna, donde recibió los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Teología por el año de 1779. No olvidará tan pronto la Ciudad de Cádiz la visita de nuestro paisano; porque, hallándose cerradas entonces las cátedras de aquel seminario conciliar y decaido enteramente en la misma poblacion el gusto por los buenos estudios, á él fué debida la reinstalacion de aquel establecimiento, siendo uno de los mejores triunfos literarios del señor Encina el discurso inaugural, que pronunció en latin á la apertura del Seminario, y donde el orador, junto al caudal de conocimientos que poseia en la literatura clásica, antigua y moderna, muestra con dialéctica robusta y elegancia de estilo hallarse profundamente versado en la lengua de Ciceron y de Quintiliano. Un servicio tan importante, hecho á las letras españolas, no quedó sin recompensa; pues fué nombrado Racionero de esta catedral en 1780; volviendo inmediatamente á su pátria, donde le aguardaban cabalmente todos los honores, á que en su carrera podia aspirar otro mas ambicioso que lo fué el señor Encina.

Efectivamente, nombrado aquí miembro de la Sociedad de amigos del pais, que acababa de nacer de una inspiracion del inmortal Jovellanos; y Rector de nuestro Seminario Conciliar, cuya aurora habia tambien visto el señor Encina ¡cuan vasto fué, señores, el campo que entonces se abrió delante de una capacidad y una voluntad como las suyas! La sociedad de amigos, en todo el vigor de su juventud, recibía de su nuevo individuo aquel franco

y generoso impulso, el alma de su instituto, que despues supo comunicar á tantas empresas útiles á nuestra pátria, y que ya en los dias de su decadencia ha sabido transmitir á esta ínclita sociedad del Gabinete. El Seminario conciliar de Gran Canaria, tan distante de las escuelas rutinarias de los tiempos anteriores, como de los principios disolventes, que entonces esparcian por el mundo los enciclopedistas, dotaba á nuestros pais, bajo la mano de aquel gran maestro, con la ilustrada juventud, de donde salian nuestros padres, y lo preparaba gradualmente á fin de recibir la sólida instruccion, que es el actual producto de los trabajos de las generaciones precedentes. Permitidme, señores, que en este momento dirija una mirada de filial gratitud hácia aquella mansion, donde han corrido las horas mas dichosas de nuestra vida, y por delante de la cual seguro es que ninguno de nosotros pase sin una demostracion de nuestro amor y de nuestro respeto. ¡Ah! Dios aleje de sus venerandos muros todo espíritu de exageracion y de intolerancia.

Entre-tanto, el mérito del señor Encina, que no podia estar oculto, atraia sobre él los principales honores de su Cabildo; y en poco tiempo; pese á su modestia y absoluto retraimiento de los negocios recorrió las dignidades de Magistral, Maestro-escuela y Arcediano. Y ¿quien mas apto que él para desempeñar aquellos puestos? Dueño de una considerable fortuna, heredada de sus padres, y que engrosaban las rentas de los pingües beneficios de que disfrutó, el señor Encina se miró siempre como un mero depositario de aquella riqueza: esta le venia siempre escasa para distribuirla con los miserables: cuantas formas puedetomar la caridad humana, otras tantas emanaban natural y alegremente del generoso corazon de nuestro compatriota: con el carácter festivo é infantil, de que lo dotó el cielo,

no parecia sino que la bondad era en él un pasatiempo, mas bien que una virtud; y como otro Tito habria considerado perdido el día, que él no hubiese podido señalar con un beneficio. Respecto á sus talentos oratorios, cuyo cultivo miraba como uno de los mas imprescindibles deberes del sacerdote, se habian aumentado y enriquecido de un modo extraordinario. Un ejercicio continuo de la predicacion, que se le habia hecho mas y mas familiar durante su desempeño de la canongía Magistral, formaba en Encina tal gusto por la Oratoria, que ya el púlpito habia llegado á ser su puesto favorito; y bien se comprende como un hombre de sus conocimientos y de su sincera virtud habia de tener una decidida predileccion hácia un lugar, de donde los preceptos y las enseñanzas se derramaban siempre sobre el pueblo con la misma naturalidad y ausencia de todo esfuerzo, que corrian á la par sus beneficios y liberalidades; distinguiéndose entre otras dotes por su admirable facilidad para la improvisacion, y por su aptitud para el difícil género de oraciones fúnebres; á que le inclinaban sobremanera su esquisita sensibilidad, al mismo paso que la elevacion de todas sus ideas.

Mas, el mismo día en que se cumplieron cincuenta y un años del vaticinio de D. Valentin Moran, el señor Encina recibe un pliego de la Côte, donde con fecha 26 de setiembre de 1804 el Ministro de Gracia y Justicia le da parte de que S. M. acababa de presentarle para la mitra vacante de Arequipa en el reino del Perú. Contento el señor Encina con la dignidad que desempeñaba en la catedral de su pais, donde habia llegado á vivir como en medio de una gran familia, formaba en su imaginacion para el último tercio de su vida esos planes de retiro y de quietud, que hacen la delicia de los justos, cuando le

sorprendió la nueva de su ascenso á otra Dignidad, la mas augusta del clero católico, y que el señor Encina consideraba superior á sus fuerzas. Sin embargo, su mision á la América, que podia mirarse como uno de los últimos beneficios de la España hácia aquellos remotos países, nada tenia que no lisonjearse el amor propio de un isleño; porque, prescindiendo de las presunciones, todavia no registradas por la historia, acerca de si Marco-Capac, uno de los Incas del Perú, fué ó no descendiente de ciertos navegantes Canarios, es incuestionable que las glorias de nuestro pais están de tal modo enlazadas con las del descubrimiento, conquista y poblacion de la América meridional, que apenas ancló en los puertos de aquella region expedicion alguna desde la inmortal de Colón hasta que el nombre español se hizo allí respetable, que en parte, cuando no en su totalidad, no fuese dirigida por militares, marinos ó negociantes canarios. De esta manera, ningun isleño se considera aun hoy desgraciado mientras puede pisar el suelo americano, que siempre mira cual su propia pátria; ni faltan ejemplos, como entre otros el de aquel D. Juan de Mesa y Lugo, que á mediados del siglo diez y siete pasó de estas islas á ser Gobernador de la misma ciudad de Arequipa, adonde ahora iba otro Canario á ocupar el importante puesto de Gefe espiritual.

Con todo, el alma tierna y apasionada del señor Encina, al paso que volaba alegremente resignada á cumplir las funciones de su apostolado, se deshacia de dolor al acercarse el dia en que, despues de haberse consagrado en esta ciudad, habia por siempre de dejarla para perderse allá en un remoto continente; y todavia resuena en los oidos de la generacion actual el doloroso adios que dió á su pátria en el último sermon que predicó en esta Catedral, asi como la

honda congoja que produjeron en todo el auditorio aquellos acentos, que partian de un corazon y se grababan indelebles en los corazones de sus compatriotas.

Por lo demas, el estado que en aquella época tenian las relaciones de la Santa Sede con los pueblos católicos, no menos que la inseguridad de los mares á causa de los corsarios que entonces sembraba por ellos la Gran Bretaña, en gaerra á la sazón con España, hubieron de ser parte para que se retardase nada menos que cuatro años la salida del señor Encina para su obispado; por cuya razon esta no pudo verificarse hasta el mes de Octubre de 1808, cuando se embarcó para Cádiz nuestro paisano, que por falta de una comunicacion directa de estas islas con los puertos del mar pacífico, tenia que emprender su viage por los de la Península. Pero, ademas del referido objeto, otro asunto llevaba tambien al señor Encina á la Metrópoli de España; y era que como por aquel tiempo el cabildo general de Gran Canaria necesitaba un digno diputado en la Junta central del reino, el señor Encina llevaba los poderes de aquella corporacion para representarla en estotra y hacer valer allí los derechos de su patria: que en época tan azarosa y revuelta, como lo fué la de 1808 para la España, ni el ancho lago que incomunica á las pobres Canarias con el resto del universo, pudo libertarlas de las turbaciones que afligian á su Metrópoli, y de dar al mundo un espectáculo, que ojalá no quiera retratar la historia.

Su navegacion, en tanto, que por cierto no fué muy feliz, era ya un presagio de sucesos mas graves. Habiendo llegado á Cádiz el nuevo Prelado en 7 de Noviembre, el 29 del mismo mes estaba ya en Madrid; pero ya por aquellos dias el pueblo invicto de la Península habia respondi-

do con braveza al grito imponente del 2 de Mayo; y si bien los ejércitos franceses dejaban aun espedita la comunicacion de la capital de la Monarquía con las provincias meridionales en la noche del 30 de Noviembre, esto es, al siguiente dia de la llegada del señor Encina se supo en Madrid la derrota de los españoles en Somosierra; por lo que fué preciso que evacuasen la poblacion las innumerables personas, fieles al gobierno de nuestra patria, que no querian ser víctimas de una soldadesca de las mas orgullosas y desenfrenadas. En medio, pues, de una confusion universal, y cuando á un mismo tiempo buscan todos en la huida el refugio contra un comun peligro, por dos veces el señor Encina probó á salir de aquella poblacion por la puerta de Segovia y otros puntos; y otras tantas, rechazado primero por el pueblo, que no permitía la salida, y despues por las avanzadas francesas, que se acercaban hácia la parte de Alcorcon se vió forzado á volver atrás, teniendo que pasar por encima de los cadáveres de las víctimas del furor enemigo: que prestar los últimos auxilios espirituales á otros, que espiraban en medio de los caminos: que ver amenazada á cada paso su vida por la insolencia de los soldados franceses, de quienes recibió muchos golpes y malos tratamientos: que sufrir, en fin, el saqueo de una gran parte de sus intereses, de los cuales apenas pudo salvar el misterioso pectoral, que llevaba oculto. Despues de tan grandes tribulaciones, el 24 de Enero siguiente consiguió salir nuestro compatriota de Madrid, con disfraz de paisano, en compañía del Consejero D. Antonio Ranz Romanillos y su familia; pero, como toda la tierra estaba ocupada por los franceses, y el suelo de la Península no era sino un inmenso campo de batalla, fué preciso á nuestros viajeros tomar la vuelta de los montes

de Toledo y en traje de unos miserables arrieros dirigirse por allí, ciudad Real y la Carolina hasta Sevilla. Repuestos aquí de sus fatigas y, no olvidándose despues de ellas el señor Encina de la patria de su nacimiento, hizo en la Junta central de Sevilla cuantas gestiones pudo en obsequio de los intereses de aquella; y acercándose la hora de ir á llenar la otra mas alta mision, que Dios le encomendó para mas allá de los mares, se embarcó en Cadiz á 16 de Octubre de 1809 á bordo del navio español San Pedro Alcántara, que se hizo á la vela para el puerto del Callao de Lima. Entonces, despues de haber arrojado en su travesia la postrera mirada del dolor y del desconsuelo sobre las rocas de su amada Canaria, el angel, que lo habia libertado de tantos peligros, lo depositó tranquilamente en las playas del Callao el dia 7 de Marzo de 1810, despues de una navegacion de mas de cuatro meses.

No pudo menos de ser en extremo benévola y complaciente la acogida que nuestro paisano obtuvo entonces del Arzobispo, de las autoridades superiores, del Clero y del pueblo entero de Lima y de su propia Diócesis de Arequipa, cuando llegó á esta última Ciudad, donde hizo su entrada precisamente en 10 de Julio de 1810, en que se celebraba allí la fiesta de san Vidal, el santo del dia de su bautismo y del vaticinio, que de un modo ú otro por un arcano inconcebible observamos fatalmente ligado á los principales sucesos de su vida. Ver á D. Luis de la Encina, y aficionarse por un encanto secreto é irresistible á su persona, era ordinariamente un efecto casi instantáneo. Empero, la carrera donde habia comenzado á entrar, habia estado llena para él de graves dificultades desde su ingreso; y la otra, en que se habia lanzado la América del sud desde que la madre Es-

paña empezó á sufrir la invasion de 1808, nada tenia tampoco que pudiera lisongear á los que se interesaban de veras en el porvenir de entrambos paises. Las doctrinas radicalistas del siglo diez y ocho, que fermentaban en algunas cabezas, y el egemplo inmediato y siempre presente de la república norte-americana, unidos á los abusos de algunos mandatarios del Gobierno español habian comenzado á minar el crédito de éste en aquellas posesiones; por manera que á la llegada del Señor Encina á su Diócesis palabras de desobediencia y aun manifiesta rebelion se oian en muchas bocas, juntamente con las protestas, al parecer mas sinceras, de adhesion y fidelidad á los principios, que entonces proclamaba nuestra España con motivo de la mas pérdida de las agresiones. Verdad es que, encendido el fuego de la insurreccion en las provincias americanas, que baña el atlántico, se conservó por algun tiempo sin comunicarse á las del extremo opuesto, defendido de las agresiones del espíritu insubordinado por la inmensa cordillera de los Andes; pero despues que este baluarte fué allanado por la impavidez de Bolivar y de sus huestes, ya el Perú quedó abierto enteramenté á la revolucion, y los gérmenes, que alli existian, recibieron un indecible fomento. En vano fueron entonces el celo de las autoridades, el valor indómito de nuestros ejércitos y una lucha de muchos años mezclada de ambas partes con triunfos y reveses: en vano que los pastores de la Iglesia sembrasen constantemente palabras de paz y de consuelo en medio de una poblacion, donde el mal genio de la España soplaba la discordia y la guerra mas encarnizada. No habia que esperar otra cosa sino que los hombres de órden y de caridad mediaren continua y alternativamente entre vencedores y vencidos, entre opresores y víctimas, para mitigar la acerbidad de los

males presentes, présagos sin disputa de otros muchos, que aun no se han agotado, y que los horizontes de aquellos países no dan señales de agotarse en los siglos venideros. Mas, pensar que el alma tan recta como eminentemente sensible del señor Encina, por eso mismo que él tenia que hacer el papel de mediador entre la furia de los partidos, habia de transigir en algun punto con los enemigos de la España seria dudar de aquella innata honradez que constituia el fondo de su carácter, y por cuya conservacion sabia muy bien desde que pisó el suelo americano, que iba á ser una de tantas víctimas. Era demasiado español el señor Encina para que dejase de abrazar ardientemente la causa de su patria, cuyo estandarte, con orgullo lo digo, señores, del nombre Canario, siguieron siempre fielmente los isleños, hasta el punto de ser confundidos con los españoles en la guerra á muerte, que entonces juró el continente sudamericano. Mas ¿cual fué el secreto del señor Encina para poder, sin separarse un punto de la obediencia debida á su Gobierno, entregarse constantemente y con el mayor desvelo á sus tareas episcopales y conservar el prestigio de su virtud y aun de su autoridad, en un pueblo despedazado por las mas encarnizadas facciones? Lo ignoro, señores: si no es que Dios ha puesto en los labios y en las manos de sus escogidos esa unción y ese bálsamo de la caridad, que, mitigando los dolores de la humanidad entristecida, manda el respeto y la sumision, cuando precisamente rugen en torno suyo pasiones sin freno. Asi adquirian un brillo extraordinario las virtudes, que habiamos visto aqui en Encina; y, entre el furor de los mas desencadenados elementos, su alma descubria á cada momento nuevos resortes y poderes enteramente nuevos; porque, señores, la caridad del cristianismo es á modo de lumbrera, que no se extin-

guirá interin haya males sobre la tierra.

Entretanto, los trabajos del obispado y mas que todo la lucha de cada momento, que el señor Encina sostenia entre sus mas poderosos afectos, le dispusieron á una enfermedad de debilidad, que, si al principio fué lenta y casi insensible, pronto los facultativos y el mismo paciente conocieron, que era superior á los recursos de la ciencia. Desde entences el pastor justo, para quien el reposo era una condicion indispensable de existencia, entreviendo ya un mar de delicias, que muchos hombres tienen la inmensa desgracia de no comprender, solo pensó en dejar este mundo de turbaciones. En tales circunstancias, mientras que por órden suya uno de sus dependientes iba de casa en casa despidiéndose, y solicitando de todos un perdon, que nunca necesitaron sus virtuosas acciones, D. Luis de la Encina, en el momento que recibia el sagrado viático, adornandose con aquel pectoral de su vaticinio, talisman precioso, que enlazaba predigiosamente el dia de su nacimiento con el de su muerte, dirigió desde su lecho las últimas instrucciones á un pueblo numeroso, que religiosamente le escuchaba, recomendándole en el language solemne de la eternidad la paz y el olvido completo de las injurias pasadas y presentes. Despues de esto, concentrado en un santo recogimiento y lleno de una dulzura, que le hacia olvidar sus dolores para saborear de antemano los goces de un mundo, que en toda su vida se habia reflejado, el señor Encina, lanzando una última mirada de amor y de esperanza sobre la infeliz América, dió el postrer aliento á las doce de la noche del diez y ocho de Enero de 1816, á los sesenta y un años de su edad y al décimo de su Pontificado. Hecha la diseccion anatómica de su cadáver, su lengua, que le habia servido para verter sobre el pue-

blo un raudal de enseñanzas y de consuelos, fué colocada dentro de una rica urna en el templo del Monasterio de Santa Catalina de la Ciudad de Arequipa; así la lengua del cristiano Encina, como en otro tiempo la del pagano Ciceron, quedó depositada en otra tribuna de las arengas, de donde en verdad salen hoy sobre el pueblo palabras mas saludables que las que nunca pronunció el príncipe de los oradores antiguos: aquel sencillo monumento lleva por inscripcion este hermoso distico del salmo 39: «yo anuncié «en un concurso numeroso la bondad con que premias á «tus santos; y tu sabes, Señor, que en tu alabanza no se «cierran jamas mis tiernos labios.» Y ¿el magnánimo corazon del señor Encina quedará privado de una ovacion, que le salve de la suerte anexa al miserable cuerpo humano? No: que nuestro paisano, considerando que la region americana no era digna de poseer tan precioso tesoro, nos le legó, y lo poseemos nosotros, depositado para siempre en nuestra catedral. Si, señores, en una edad como la nuestra, en que todo lo materializa, hasta la esperanza, ese interés individual y sórdido, que de los principios ha trascendido ya á todas las acciones humanas; cuando el infortunio parece tener una mirada, que solo convierte en piedras los corazones; grato es hallar entre nosotros un objeto que, como el corazon del Ilustrísimo Señor Encina, lleve nuestra memoria á tiempos mas dichosos, y representándonos al hombre, que para nosotros se ha confundido allá entre los horizontes de una zona remota, nos recuerde á cada paso, que solo el amor, la caridad pueden igualar nuestro ser al de los inmortales.

HE DICHO.



Advertencia.

Me complace de poder asegurar, que los principales y mas interesantes datos para la biografia de D. Bartolomé Cairasco han sido suministrados por el Sr. D. Graciliano Afonso, asi como todos los relativos á D. Luis de la Encina los ha proporcionado el Sr. D. Antonio Pereira Pacheco. El primero de estos dos sujetos, autor de una brillante composicion poética sobre Cairasco, ha contribuido poderosamente á dar á conocer este célebre ingenio canario; al paso que el segundo, compañero inseparable de Encina, pudo recojer los mas minuciosos detalles acerca de tan interesante compatriota.